

PRÓLOGO

DE AGUSTÍN DOMINGO MORATALLA

CATEDRÁTICO DE FILOSOFÍA MORAL Y POLÍTICA (UNIV. DE VALENCIA)

Tengo que comenzar este prólogo reconociendo que este libro me ha sabido a poco, que me hubiera gustado seguir la interesante conversación a la que nos invita. No es una conversación nueva porque las relaciones entre Economía y Teología son importantes, al menos desde los primeros años del siglo xx en los que Max Weber reconstruyó las relaciones entre la ética protestante y el «espíritu» del capitalismo. Aunque sería más justo remontarnos al *Socorro de los pobres* de Luis Vives y la Escuela de Salamanca en el siglo xvi, para demostrar la fecundidad teórica y práctica de las conversaciones que se pueden mantener entre ambos saberes.

Digo saberes y no ciencias o disciplinas porque el libro del profesor Agustín García Inda no nos invita a una conversación de académicos refugiados en torres de marfil, como aquellas que miden las reduccionistas agencias de evaluación académica, sino a una conversación pública entre ciudadanos dispuestos a poner al día nuestras convicciones democráticas con sus correspondientes responsabilidades cotidianas. Esta conversación pública a la que somos convocados nace de la reacción que a un especialista en Economía le ha provocado la publicación de

la encíclica *Fratelli Tutti* del Papa Francisco. Aunque seríamos más precisos si dijéramos que no nace de su apropiación personal de la encíclica, sino de la reacción que ha provocado entre sus colegas economistas un texto pontificio que hace juicios morales sobre el capitalismo como sistema económico. Como si la Economía fuera un saber libre de valores y como si la Teología no tuviera nada que decir sobre la ordenación justa (*nomos*) del hogar, la ciudad o la naturaleza (*oikos*).

Aquí es donde la conversación tiene su enjundia porque nos obliga a todos, seamos economistas, teólogos, o simplemente ciudadanos inquietos, a sacar a la luz los presupuestos de nuestros saberes. Nadie hace Teología o Economía sin presupuestos metodológicos o epistemológicos, sin valores, sin creencias previas o convicciones morales, por eso el autor utiliza el término «ideología», para plantear el nudo gordiano de la conversación inicial: la compleja relación entre Economía política y Teología moral. La conversación no está focalizada en la pura «teoría» económica ni en la pura «dogmática» teológica, está focalizada en el papel que las convicciones éticas (que pueden fundarse, o no, en una Teología moral) tienen en la administración tanto privada como pública de los bienes, necesidades y recursos (pensados desde la Economía política). Se trata de una conversación necesariamente cultural, histórica e impura, de ahí que nos obligue a toparnos con uno de los conceptos peor utilizados en la ética, la política, la economía y la teología contemporánea: la ideología.

El profesor García Inda no desconoce la importancia de este concepto y por eso lo utiliza en el título, pero aplicándolo a la Teología, como si no pudiera aplicarse también a la Economía. Con ello muestra parte de sus cartas queriendo salvar la pureza de la Teología moral de las impurezas de los sistemas económicos, sobre todo de un sistema económico como el capitalista. Un sistema sometido a juicio en la encíclica y defendido con vehemencia en este libro ante las críticas, los ataques o los enjuiciamientos a los que lo someten quienes no lo entienden bien

(quienes lo deforman o ideologizan). Y aquí es donde aparecen las dos grandes aportaciones del autor en estas páginas: hay argumentos antropológicos para legitimar el sistema económico capitalista y la crítica que hace Francisco del capitalismo en *Fratelli Tutti* debe entenderse con perspectiva histórica desde el conjunto de la Doctrina social de la Iglesia. El repaso que el autor hace de temas básicos de la Doctrina social de la Iglesia como el individualismo, la desigualdad, el bien común o la responsabilidad, acrecientan el valor de estas páginas y amplían el horizonte de la conversación.

Aunque algunos lectores no compartan la defensa que realiza del capitalismo, están obligados a tener en cuenta sus argumentos. Los ha planteado con acierto en otros trabajos donde revisa el estado desde una economía liberal y en este libro aparecen con claridad. Aunque el libro no presenta una descripción detallada de las formas de entender el capitalismo, ni se detiene en las críticas que han reconstruido ética y políticamente alguno de sus presupuestos antropológicos, tenemos en nuestras manos un ensayo útil, claro y sencillo. De gran valor para conversar en profundidad sobre las relaciones entre capitalismo y cristianismo, entre economía y teología o, si se quiere, entre los «cristianos por el socialismo» y los «cristianos por el capitalismo». El libro puede ser una buena herramienta para promover el discernimiento entre los cristianos comprometidos que aún quedan y evitar la simplificación que realizan quienes con excesiva precipitación vinculan la teología moral con un determinado sistema económico, sea el capitalista o el socialista.

En el ámbito de la filosofía moral y política no estamos sobrados de ensayos que contribuyan a facilitar el discernimiento y evitar la precipitación argumentativa. Aquí se sitúa este ensayo y desde aquí tiene que ser leído. Podría leerse en clave ecológica y decir que olvida los retos ecológicos del nuevo capitalismo, podría leerse en clave financiera y decir que olvida los retos de la deuda pública, podría leerse en clave geopolítica y decir que no

incluye el modo chino de entender el capitalismo, podría leerse en clave digital y decir que olvida los retos de la robotización en la obtención de plusvalía, incluso podría leerse en clave estrictamente ética y decir que no recoge el debate entre liberales (tradicción de John Rawls) y perfeccionistas (tradicción de Charles Taylor). Las pretensiones del ensayo son limitadas y el profesor García Inda es honesto al reconocerlo, tiempo habrá para que ensanche los horizontes de esta conversación inicial.

Tengo que reconocer que me hubiera gustado un ensayo que se hiciera eco de dos aportaciones importantes en esta difícil tarea de facilitar el discernimiento y evitar la simplificación en la que suelen caer los cristianos «comprometidos», tanto con el capitalismo como con el socialismo. En primer lugar, una breve crónica del interesante debate que mantuvieron los profesores Enrique Menéndez-Ureña y José Ignacio González-Faus, después de que el primero publicara un histórico ensayo que debería ser de obligada lectura en todas las facultades de economía y teología: *El mito del cristianismo socialista. Crítica económica de una controversia ideológica* (Unión Editorial, Madrid, 1981). Antes de la caída del muro de Berlín y cuatro décadas antes que el profesor García Inda denunciara la ideologización como un proceso habitual entre los saberes teológico y económico, el profesor Menéndez-Ureña ya nos advirtió de algo habitual entre muchos cristianos «por el socialismo» que utilizan sus interpretaciones teológicas para legitimar la pretendida superioridad moral de la izquierda, también en ámbitos eclesiales. Con ello no se trata de hacer más plausible la opción de los cristianos «por el capitalismo», sino de plantear la conversación en términos serios y evitar una concepción hemipléjica de la vida cristiana donde los católicos en la vida pública se vean forzados a elegir entre el capitalismo y el socialismo.

En segundo lugar, analizar con detalle el uso que se hace de un concepto tan importante como el de «ideología». Cada vez se usa de manera más imprecisa y suele ser arma arrojada en los parlamentos o debates de política partidista. Calificar un discurs-

so, una práctica o una posición política como «ideológica» suele ser sinónimo de algo no verdadero, no científico, no honesto o no adecuado a una realidad interpretada de acuerdo con determinados intereses, o incluso con mala intención. En lugar de facilitar un debate sosegado, la utilización imprecisa del término dificulta el discernimiento y los acuerdos económicos o políticos.

Recordemos la fecundidad de aportaciones como el personalismo y la fenomenología hermenéutica cuando vinculan la historia del concepto de ideología con el de utopía. No para mostrar lo valiosos que ambos han sido en la historia de la economía política, sino para recordar, como hace Paul Ricoeur en los años noventa del siglo xx, que la ideología puede entenderse de tres formas: deformación (a), legitimación (b) e integración (c). En la tradición de Marx, una posición política es «ideológica» cuando no se atiene a la realidad o los hechos, cuando es lo contrario a la verdad (a). En la tradición de Habermas y la sociología del conocimiento, una ideología es una herramienta conceptual con la que legitimar o justificar una posición política; no sólo describe o explica sino que justifica o da por moralmente buena una interpretación que explicita los intereses que la motivan (b). En la tradición de Geertz y la antropología cultural, una ideología es una cosmovisión o conjunto estructurado de explicaciones con los que integrar acontecimientos que sorprenden o desconciertan, nos facilita orientación y seguridad en un mundo inhóspito (c).

Quizá estas pistas pueden ser útiles para desentrañar las páginas de este ensayo y zambullirnos a una conversación que deseamos mantener viva. Son páginas bien organizadas, también útiles para estudiantes de Economía, Derecho, Filosofía, Política y Teología moral. Son páginas de un libro bien organizado a las que aún quisiera aplicarle tres adjetivos para promover su lectura: provocador, inquietante e impestivo.

El lector tiene en sus manos un ensayo provocador, no dejará tranquilos a los cristianos aburguesados porque los acercará a la Doctrina social de la Iglesia en general y a la encíclica de

Francisco en particular. Aunque su aburguesamiento les lleve a prescindir de los textos o encíclicas de este o de cualquier otro papa, con toda seguridad les despertará una conciencia acomodada a cualquier sistema económico vigente, más o menos capitalista, más o menos socialista. Aunque piensen que el libro transforma en plausibles sus posiciones individualistas, en realidad se las cuestiona porque deja abiertas las puertas a un liberalismo igualitarista y «tocqueviliano» (de Alexis Tocqueville) porque el libro también recuerda el valor de la vida comunitaria en general y, sobre todo, el valor de la persona como ser en relación, no como átomo o individuo aislado.

Un ensayo inquietante porque lo que se nos presenta como un juicio moral al capitalismo también se puede transformar en un juicio moral a la economía. Son páginas que, en general, que no sólo legitiman el capitalismo y lo salvan del juicio al que lo somete la *Fratelli Tutti*, sino que muestran criterios con los que cuestionar la dudosa moralidad de muchas prácticas capitalistas. Lo que nos debería llevar a conocer con mayor detalle la historia del capitalismo y revisar los cimientos antropológicos que tienen sus diferentes modulaciones. La lectura de estas páginas debería movilizarnos para conocer mejor el potencial que aún tiene la economía social de mercado, para descubrir que el corazón de estas conversaciones se encuentra en la clarificación del modelo de sociedad. No sólo estamos obligados a reconstruir los mimbres antropológicos, sino también los mimbres narrativos y relacionales (relato) de un sistema que, quizá sin pretenderlo teóricamente, fomenta y potencia prácticamente lo que, en terminología de Richard Sennett, llamamos «la corrosión del carácter».

En definitiva, el lector tiene entre sus manos un libro intempestivo. En la mejor tradición de Charles Peguy, el profesor García Inda nos ofrece un trabajo con el que analizar nuestra relación interna con los acontecimientos económicos y teológicos que estamos viviendo. Una oferta que realiza con talento, singularidad y riesgo personal porque se sabe fuera de las modas universitarias

y los convencionalismos de la opinión pública. Es intempestivo porque interpela a los lectores para que tomen posición con su propio tiempo, para que no se desentiendan de lo que está sucediendo en sus ambientes, en sus casas o en sus vidas. Nos ayuda a leer la teología de Francisco en continuidad con la Doctrina social de la Iglesia y nos ayuda a entender el capitalismo. Aunque a veces esté pensando en su académica legitimación, este profesor también es muy consciente de que la complejidad de un sistema económico no puede pensarse sólo desde la Economía o el Derecho. Estamos ante un sistema que requiere ser pensado también desde la Historia de la Ética y las tradiciones teológicas, culturales o religiosas. Abre las puertas para ensanchar la conversación y dar la palabra a otros autores como Daniel Bell que, desde la rica tensión entre el saber teológico y económico, promueven una tarea para la que también este libro nos prepara: analizar las contradicciones culturales del capitalismo.

INTRODUCCIÓN

Nuestras creencias y nuestros sesgos ideológicos o políticos pueden convivir en armonía, integrarse en cierto modo, o bien presentar conflictos que pueden generar incoherencias y dilemas morales.

Es inevitable que quien profesa un credo observe las cuestiones políticas desde sus creencias religiosas y ello puede generar un conflicto cuando sus ideas políticas no se integran o se ven cuestionadas (siquiera aparentemente) por el mensaje de su conciencia o el de las autoridades eclesiásticas.

La confusión entre religión y política existe desde que los publicanos tentaron a Jesús con su pregunta y Él contestó aquello de «Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios» (Mateo 22,21). La descontextualización de los mensajes, el posible traslado de nuestra carga moral al Estado, la lectura en clave política del mensaje religioso o viceversa, la invasión recíproca de los distintos ámbitos a lo largo de la historia; en definitiva, politizar la moral religiosa (la politización de la religión) o moralizar la acción política (la «religiosización» de la política), han estado presentes en la historia de las ideas políticas que, básicamente, ha sido la historia permanente de un proceso de secularización (Fazio, 2006).

Y esa relación entre religión y política ha vuelto a ponerse de relieve con la Encíclica *Fratelli Tutti* (en adelante, FT) del Papa Francisco. Es cierto que estamos ante una Encíclica y, como tal,

podemos leerla y asimilarla como el texto religioso y eclesial que es; pero también es cierto que su contenido recoge una serie de afirmaciones críticas sobre cuestiones políticas o económicas, ante las que cabe un posicionamiento (en función de las diferentes visiones y convicciones políticas) que puede llevar a cuestionarnos el propio planteamiento político, o incluso, si esas afirmaciones de la Encíclica son acertadas o no.

Todo ello dependerá del sentido y del contexto con el que se escriben y leen esas afirmaciones. Intentar comprender ese sentido y contexto es parte del objeto de estas páginas, puesto que esa comprensión ayudará a disipar las críticas y a distinguir el mensaje religioso de nuestros sesgos políticos, sin que ello implique abandonar los principios ideológicos que puedan considerarse mejores para la comunidad.

Se trata de un objetivo que probablemente no resulte de interés a quienes únicamente quieren aprovechar el mensaje del Papa para apoyar su particular visión ideológica. Resultará de mayor interés, en cambio, a aquellos que se sienten creyentes y pueden sentir que su ideología política ha sido cuestionada. Y es que, en función de la posición con que nos acercamos a FT, podemos distinguir tres grupos de lectores:

1. En primer lugar, los «lectores apolíticos», aquellos que son capaces de leer FT desde un punto de vista exclusivamente religioso, descontaminados de sesgos ideológicos y que, por ello, consciente o inconscientemente, evitan o no atienden a los posibles elementos políticos o, más bien, ideológicos.

Al poco de publicarse la Encíclica escuché una conferencia titulada *Fratelli Tutti: Una encíclica para una Iglesia en Salida* (Espigares, 2020). Yo esperaba alguna referencia a las frases más polémicas; sin embargo, la conferenciante expuso un resumen de la encíclica en el que no atacaba ni defendía ninguna visión ideológica o política. FT, decía,

presenta a la solidaridad como una virtud moral (FT, 114), interpela a una conversión pastoral para cambiar el corazón, pone a la Iglesia como actora de la fraternidad, reivindica la fraternidad y la amistad social como la solución a la globalización de la indiferencia; destaca la importancia de tender la mano al pobre puesto que ello da sentido a la vida, la urgencia en reencontrarse con el mundo de los pobres y la necesidad de «preparar el futuro» en vez de «prepararnos para el futuro», animando al cambio real, más allá de la utopía.

Ese es el resumen de una conferencia en la que no se apeló a ningún mensaje que pudiera contener un posicionamiento político o una visión económica determinada. Solo se hablaba del mensaje religioso y de la invitación que FT hace, a la Iglesia y a los creyentes, a practicar la virtud de la caridad. Seguro que la conferenciante también habrá apreciado los elementos políticos de FT; pero, bien los ha integrado, bien los ha ignorado conscientemente pues, en su lectura, no alteran la esencia del mensaje.

2. Otros lectores, sin llegar a la esencia, corren el riesgo de quedarse en la apariencia, incluso de percibir subjetivamente esa apariencia desde sus propios sesgos ideológicos o políticos. Pueden caer en la trampa de poner a la Encíclica el color del cristal desde el que se mira. En este segundo grupo de lectores podemos encontrar aquellos que están interesados en las palabras del Papa pero que, quizá, no profesan la fe Católica y que, por tanto, no van a leer el texto en clave religiosa, sino que hacen una «lectura exclusivamente política o social» e interpretan las palabras del Papa en esas claves, sin que, dada su indiferencia ante la *autoritas* papal, surja conflicto o dilema moral alguno.

Seguramente entre ellos están muchos de aquellos que creen oír cantos de sirena socialdemócratas, neosocialis-

tas del siglo XXI, que interpretan las palabras del Papa descontextualizadas del mensaje de la Doctrina Social de la Iglesia (DSI, en adelante) y se adueñan políticamente de su mensaje. Y también entre ellos, pero en las antípodas ideológicas, están quienes disienten de afirmaciones del Papa, que juzgan equivocadas.

3. Quizá a esos grupos que acaban de describirse no les aporte mucho estas páginas. Pero también existe un tercer grupo de lectores que respetan el mensaje del Papa y a la vez pueden sentir cuestionadas sus ideas políticas por una música que algunos han querido poner a la Encíclica. Si el primer grupo hacía una lectura religiosa y el segundo, exclusivamente política, existe este tercer grupo que no puede evitar leer la Encíclica desde ambos puntos de vista, religioso y político. Son aquellos seguidores del Evangelio y de la Iglesia que también están «contaminados» (o convencidos) de unas determinadas posiciones políticas ante los fenómenos sociales y que pueden sentir cuestionada la moral del capitalismo y de los principios que lo sustentan. Ello provocará que, por un lado, quienes creen leer un mensaje favorable a sus ideas políticas, estén tentados de usar las palabras del Papa como apoyo o coartada a sus ideas y, por otro lado, que quienes vean cuestionadas las propias ideas, sientan un conflicto con el mensaje papal.

Las páginas que siguen a continuación son, sencillamente, los apuntes y reflexiones por parte de alguien que pertenece a este tercer grupo, alguien que se confiesa interesado ideológicamente y que, haciendo esa doble lectura, pretende superar la apariencia del mensaje para llegar a la esencia, con la intención de que ello sirva a integrar ambas dimensiones (religiosa y política) en la acción comunitaria del día a día y a disipar conflictos y coartadas.

Para ello, en una primera parte se aborda la compleja relación entre política y religión y se plantean los interrogantes y dilemas que luego se concretarán en relación a FT (segunda parte); primero y brevemente, desde un punto de vista formal y luego, ya en las distintas cuestiones de fondo, sobre algunos de los grandes temas de la Encíclica con más contenido político o comunitario; para, finalmente (tercera parte) centrar la atención en la cuestión económico-política y enjuiciar la cuestionada moral del capitalismo para poder concluir cómo atender al mensaje de la Encíclica evitando su aprovechamiento político (cuarta parte).